

(Publicado en Béjar.Biz en 2009)

EL DISCURSO ZAFIO DEL FIN DE SEMANA

J. Francisco Fabian

Hasta hace poco Rajoy tenía la facultad de amargarme cada semana las comidas del sábado y el domingo. Era ponerme a comer, empezar el telediario y allí estaba él, sin falta, vestido con el sport de fin de semana de los políticos, es decir sin corbata y a veces con vaqueros, en un gesto muy repetido por nuestra clase política que debe indicar que en fin de semana se bajan de la altura simbolizada por sus corbatas para descender al descamisamiento del pueblo llano. Allí estaba cada fin de semana Rajoy bramando para amargarme el calderillo y esa botella de tinto un tanto especial que adereza el descanso. Pero cada semana el mismo paisaje: Rajoy de la manera vestimental que he descrito, probando pulpo, ternera, jamón de Teruel, butifarra catalana o papas canarias, rodeado de acólitos sonriéndole la escasa gracia que tiene cuando habla en serio, allí estaba él, digo, dedicándose a no estar de acuerdo nunca con lo que durante la semana ha parido el pobre de Zapatero, que si tuviera que hacer caso serio de todos estos juicios dominicales de su censor, caería agotado el domingo por la noche en un sillón de orejas de la Moncloa diciéndole a su señora: “Es que no valgo para nada, de verdad”. Dicen buena parte de los que entienden, los que creen que entienden y los que creen a los entienden y creen que entienden, que Zapatero ahora de último no es gran cosa, que está bastante perdido en esta vorágine de todos que es La Crisis. Pongamos que es verdad y que ese pobre hombre de Zapatero anda tan perdido como los demás del mundo, pero acrecentado aquí por la idiosincrasia de esta España que las suele liar pardas en cuanto tiene ocasión, y que la formamos todos ideológicamente. Pongamos que es así que está un tanto perdido este señor en medio de este océano donde nadie sabe muy bien por donde está el norte, aunque muchos sospechemos que la culpa es de habernos metido en el océano, sabiendo lo que son los vientos del norte. Vale. Pero ¿y Rajoy, qué pinta Rajoy en todo esto? Pues nada, no pinta nada. O mejor, pinta lo que pinta. Es como le dibuja cada día Peridis en El País: un tipo tumbado a diario, viendo pasar la vida, que es una forma de explicar que siempre es lo mismo, que no se esmera, que con esperar acontecimientos tiene bastante y que en el fondo le importa un pimiento otra cosa que no sea ganar, ya que se ha metido en esto de competir, algo que seguramente tampoco le apasiona, pero cayó por esto y, bueno, que ahí estamos.

El caso es que este señor tan plomo, tan pesado, tan vacío de contenidos, tan siempre lo mismo, que no me trasmite ninguna esperanza en una derecha (otra alternativa) como Dios manda, que practica el discurso calcado del anterior y ese a su vez del anterior del anterior y así hasta el primero, discursos en los que se haya hecho lo que se haya hecho todo está mal porque si, este señor ya no me da más malos fines de semana. Ahora comemos en mi casa con la tele apagada, porque el calderillo que hace mi madre es una cosa sagrada y a mi, si me tienen que distraer de ciertos placeres que sea con discursos en los que haya alternativas, propuestas, ideas que puedan transmitir optimismo en otras posibilidades políticas, que se lo vea currado. En el no porque no, ¡pues no! Cambie de rollo Sr. Rajoy, aunque me temo que este es el que tiene y no hay otro, porque en el fondo lo que piensa es lo mismo que lo que critica tan zafiamente, pero haciéndolo lo que reclama es que le demos la llave por agotamiento y por nuestra propia ineptitud y administrar usted el pastel, pastel en el que ya vemos como le va a tantos y tantos de los suyos, tan aficionados a eso de la comisión, de la mediación, de la

usura, algo que por cierto está en contra de sus principios religiosos, aunque eso parece que da igual, eso es para el pueblo.